

## CAPÍTULO FINAL

Oscuridad, tránsito, sueño, luz.

Las tinieblas quedan atrás y ya se siente el saludo del sol. Un despertar a un nuevo día que, desde hacía rato, era anunciado por los gallos de los corrales cercanos, en las traseras de Zuheros. Un cántico que acompaña la algarabía de los gorriones que van desperezándose en un alba fresco tras una noche en la que, la vigilia, la había entregado en los brazos de Morfeo, acunando entre las sábanas a un alma asustada e intranquila.

La brisa del amanecer busca la piel delicada y madura de Mamen, rozándola suavemente y acariciándola sin tapujos ni vergüenza. Una añoranza de juventud en los márgenes del río en noches estivales como esa en la que perdía la noción del paso del tiempo y se entregaba a escondidas a juegos, de un amor que se juraba eterno.

Una brisa que se cuele entre sus cabellos castaños, desordenados, de puntas abiertas y dañadas. Un ligero viento que acaricia sus sueños, y la hace despertar y buscar la calidez bajo las sábanas, con un pequeño movimiento con el que pondrá punto y final a una noche en la que, acompañada del subconsciente, habrá sido quizás una princesa, o quizás, por qué no, la mismísima Reina de Java, con vasallos a sus pies que cumplirían sin discutir cualquiera de sus deseos.

Sin embargo, un nuevo día acaba de despuntar tras la cercana sierra, y con él vendrá la dura realidad y continua de su existencia, de esa que le hacía mirar a diario hacia otro lado al enfrentarse a su reflejo en el espejo. Aquel que un día se apeó del tren de la autoestima para quedar atascado en la estación de la desilusión y no seguirla en la cabalgadura del desamor [...]